

SOFÍA RAMOS WONG

LABERINTO
DE MARIPOSAS
NOCTURNAS



Áurea Ediciones

©Laberinto de mariposas nocturnas
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Marzo 2023
©Sofía Ramos Wong
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Germán Schüler
Corrección de textos: Virginia Berner
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-28-0
Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-7581



Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura Convocatoria 2022



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

A Dach.



Desde la antigüedad, el hombre ha perseguido el sueño de hallar la Piedra Filosofal, esa sustancia legendaria que se dice que es capaz de convertir los metales ordinarios en oro.

¿Y si esa Piedra hubiese estado siempre en tu poder?

¿Y si ese oro estuviera accesible y esperando a que te decidias a transformarlo?

Primer movimiento: Allegro de Sonata Nigreda



“En aquel mundo oscuro que es el útero de nuestra madre, nuestra estancia es breve y se mide por las lunas pero es incluso así, más prolongada que los días completos de muchas criaturas bajo el sol [...], luego ingresamos al escenario del mundo y nos convertimos en otra criatura y practicamos las acciones razonables del hombre y proyectamos veladamente esa parte de divinidad que llevamos en nosotros pero nunca hacemos de manera total ni perfecta hasta que desechamos también nuestra segunda placenta, es decir, este revestimiento de la carne [...]. Por ello he rechazado todas las estrictas definiciones que hablan de la muerte como “privación de la vida”, “extinción del calor natural” o “separación del cuerpo y el alma”, y me he formulado una nueva definición hermética que se acomoda a mis propias convicciones: *est mutatio ultima qua perficitur nobile ilud extractum microcosmi*, (la última mutación por medio de la cual se perfecciona lo noble que se extrae del microcosmos), pues para mí, que considero las cosas desde un punto de vista experimental y natural, el hombre no es sino una transformación, una fase preparatoria para el último y glorioso elixir que yace aprisionado tras las cadenas de la carne”.

—Sir Thomas Browne.

La calcinación



Victoria se quedó sentada en el pasto del cementerio tras un árbol, escondida y alejada del mundo, observando a los asistentes abandonar el recinto, mientras pellizcaba con insistencia su mano hasta romperse la piel. Nunca se había sentido tan sola, aun estando rodeada de mucha gente. No quería saber nada, ni que la tocaran o le hablaran. Su mente se encontraba en un bucle autodestructivo sin posibilidad de salir. Recordaba y repetía en su cabeza lo ocurrido aquella fatídica noche, hasta el dolor.

Había escuchado ruidos desde la sala que le provocaron inquietud y temor. Su corazón comenzó a latir hasta ensordecirla. Miró a su lado: su pequeña hija dormía plácidamente, ajena a la realidad. Estuvo alerta por unos minutos, pero no escuchó nada más. Volvió a acomodar su cabeza en la almohada por encima del cabello de la pequeña, acariciando su espalda, cuando nuevamente sonidos provenientes del mismo lugar hicieron que abriera sus ojos. Se levantó con cuidado para no despertarla, esquivó a la gata que dormía a los pies de la cama y agarró lo primero que encontró cerca: una barra de madera con la que trababa la ventana. Caminó a paso lento, intentando no llamar la atención de quienquiera que hubiese causado el ruido. Al llegar a la sala vio una silueta desconocida moviéndose. Sintió como su corazón subió al cuello y ahogó su respiración, mientras una fría corriente recorría su espalda. Su primer pensamiento fue ir a la pieza



y cerrar la puerta con pestillo, quedándose detrás con el madero por si intentaban entrar, pero luego cambió de opinión. Tomó su teléfono móvil, llamó a la policía y luego caminó sigilosamente para prender la luz y sorprender a quien estuviese allí. Un hombre había forzado la puerta de entrada y estaba sacando todo lo que encontraba en el momento en que los focos se encendieron. El hombre, asustado, corrió hacia el interior, perseguido por Victoria, quien blandía el madero en todas direcciones, golpeando con movimientos ciegos cuanto la rodeaba, gritando improperios y amenazándolo, intentando asustar al hombre, quien se había escondido entre unos muebles del fondo. Fueron cinco minutos de terror y nerviosismo como nunca había sentido. La adrenalina en su cuerpo la mantenía alerta. En un momento sintió pasos provenir de la habitación. Su pequeña hija se había despertado por el ruido y caminó hacia la sala. Victoria giró su cabeza y le gritó que se devolviera, cuando vio que el hombre salió de su escondite. Corrió como un toro hacia la salida, sin importarle si golpeaba o esquivaba todo lo que tenía por delante. Victoria, al ver que su hija no hacía caso, la tomó y protegió con su cuerpo frente la violenta embestida del hombre. La fuerza con la que fue empujada contra una de las paredes hizo que se golpeará la cabeza, perdiendo la consciencia casi de inmediato.

Al despertar, la policía estaba en el lugar. Se encontraba recostada en el piso, confundida y adolorida. Se levantó sin pensarlo y sintió un intenso mareo que la incapacitó por unos segundos. Cuando volvió en sí, buscó a su hija sin poder encontrarla: solo había cajas de cartón y ropa. Le preguntó al policía si sabía dónde estaba. Lo primero que cruzó por su mente fue que había arrancado a alguna habitación o, en el peor de los casos, a la calle, luego de la embestida del



hombre. El policía llamó a otro hombre que se encontraba en la otra habitación.

Apareció Daniel Magnolio, un joven y despeinado médico con cicatrices en su cuello que llevaba su nombre en una placa de identificación. Se arrodilló a su lado para verificar algunos signos vitales y la reacción de sus ojos a la luz.

—Por favor, doctor Magnolio. ¿Dónde está mi hija? Es chica, debe de estar asustada.

Daniel respiró profundo y la miró con piedad.

—Lo siento. Lo siento mucho.

La pequeña se encontraba debajo de las cajas. La habían cubierto mientras llegaba el forense. Victoria no creyó lo que estaba escuchando. Sintió un profundo mareo que casi la hizo caer al suelo y empezó a sentir que su cuerpo se adormecía; al mismo tiempo, sus extremidades tiritaban de manera convulsiva. No podía controlar sus movimientos y solo pensaba en ver el cuerpo de la niña. Lo primero que hizo fue mover una de las cajas con su mano para destapar el pie de su pequeña. Intentó acercarse con la intención de abrazarla, pero el policía se lo impidió. Victoria empezó a gritar con creciente desesperación mientras pataleaba, queriendo zafarse del hombre que no la dejaba acercarse. No lo podía creer. Eso se repetía: esto no está pasando. No está pasando, dijo en una queja aguda, aullante. No estaba pasando. Era la pesadilla más horrorosa y se iba a despertar. No era verdad. No estaba pasando. No explotó en llanto, como esperaban los policías. Simplemente siguió con su queja aguda, casi animal. Se apretaba el pecho con las manos, casi arañándose, y dejó caer su peso en los brazos del policía que todavía la sostenía



Daniel se levantó para ir a buscar agua y una pastilla tranquilizante, pero Victoria no quería nada, no abría la boca más que para decir en algo mitad susurro, mitad gemido, que quería ver a su hija. Entre el policía y Daniel la levantaron del piso y la acomodaron en el sofá, donde otro policía intentó tomar su declaración, sin éxito. Victoria seguía balbuceando y parecía no reconocer la realidad. Las lágrimas salían sin freno, algunas se atoraban en su garganta y entorpecían su respiración. Una hora después el forense apareció en el lugar: un hombre alto, robusto, barbudo, con un delantal blanco hasta los muslos. Levantó las cajas para ver el cuerpo de la pequeña que parecía estar durmiendo. Tomó con extrema delicadeza cada extremidad, su cuello y su cabeza para luego pedir ayuda para subirla a la camilla y transportarla a la morgue.

Victoria observó todo el movimiento fuera de sí. Era su hija, su niña, y no podía aceptar que se la estuvieran llevando como un paquete. En un breve momento de lucidez le preguntó al forense qué iba a hacer. Cuando él le informó que realizaría la autopsia de rigor si no encontraba nada en qué basarse su muerte, Victoria estuvo a punto de vomitar, pero se contuvo y rogó que no profanara el cuerpo de su hija.

—Le prometo que voy a hacer lo posible —dijo el hombre.

—Yo me quedaré con usted, señora Victoria —intervino Daniel.

Mientras el contingente policial terminaba las pericias del desafortunado incidente, Victoria tomó el teléfono y llamó a su hermana. Le contó todo lo que había pasado sin dejar de llorar, mientras Daniel la miraba con compasión. Sus fa-



miliares comenzaron a llegar uno tras otro. Primero fue su hermana Nagore y su esposo Rodolfo, luego su hermano Manuel y su esposa Graciela y por último sus amigas, Emma y Nella. Los reconocía, pero sus rostros y lo que le decían no significaban nada. Era como si fuesen desconocidos. Los minutos transcurrían como si fueran horas. No existía palabra de consuelo o acto de afecto que pudiese traerla de vuelta. Había caído, sin darse cuenta, en un trance del que no había retorno. Su mente estaba absorta en un limbo de emociones contradictorias, dolorosas, emotivas. Se alejó de la sala a la cocina, tomó su teléfono y le envió un mensaje a Nino, su expareja, el padre de la niña, informándole que Jan había fallecido. A pesar de estar separados hace bastante tiempo, mantenían la comunicación: después de todo, eran amigos y cómplices, a pesar de la infidelidad del hombre, y compartían el amor por Jan. No tenía la fortaleza para escuchar su voz, sin embargo, y a los pocos segundos su teléfono sonó. Dudó un momento si contestar. Nino estaba confundido y no podía creer lo que le estaba diciendo. Sus lágrimas comenzaron a brotar casi al mismo tiempo que en Victoria, quien era incapaz de mantenerse en pie y cayó, sollozando, golpeando el helado piso de la cocina hasta dañarse los nudillos.

Así fue el comienzo de la serie de noches más tristes y desalentadoras de su vida. No lo sabía, pero de alguna forma había dejado de pertenecer al mundo.

Levantó la mirada y observó la chimenea que comenzaba a humear hacia el nublado cielo. Cerró sus ojos deseando con todo su corazón que solo se tratara de un horroroso sueño. Sin embargo, al volver a abrirlos el humo continuaba saliendo de la sala del crematorio. A ratos el dolor de cabeza, producto de tanto llorar, le parecía normal, como si siempre



hubiese sido así; el resto del tiempo simplemente no le importaba. Los segundos se convirtieron en minutos y luego en horas.

—Vamos a cerrar, señora —le avisó uno de los guardias, con deferencia, pero sin especial amabilidad.

Ella no quería abandonar el recinto. Se levantó y caminó a paso lento hacia la salida, moviendo su cuerpo por inercia hasta su hogar en la costanera. El viento golpeaba su cabello a esa hora en que el paisaje se tiñe de sepia y las luces se toman las calles, acompañándola en el peregrinar de su tortuoso duelo. Muchas veces se detuvo con la intención de caminar hacia la carretera y dejar que algún auto a gran velocidad acabara con su vida. Solo la detuvo lo que ella consideró cobardía. A lo largo de sus cinco horas de viaje, su teléfono móvil vibró hasta agotar la batería. Aunque lo hubiese escuchado, no habría sido capaz de contestar. Su incierto caminar terminó llevándola al columpio del parque ubicado a un par de cuadras de su casa con dirección al mar. La nube de confusión en la que estaba envuelta la llevaba a no estar consciente de sus decisiones y atener movimientos descoordinados. A ratos no sabía qué estaba haciendo y, al mismo tiempo, era incapaz de darse cuenta de su comportamiento errático. De súbito perdió el equilibrio mientras pisaba la vereda, como si la hubiesen empujado, y se golpeó la cabeza con violencia contra el concreto. Casi no lo sintió. El dolor en su alma era mucho más fuerte que el físico. Se levantó, llorando, y quedó inmóvil, esperando que el mareo se le quitara.

Avanzada la noche cayó en cuenta de dónde estaba. El viento helado le hizo saber que se acercaba el fin del día. Nada la acompañaba, excepto las estrellas en la bóveda azul:



lejanas, indiferentes. Los distintos paseantes que se dirigían en pareja o en grupos a los bares de la avenida eran demasiado insignificantes para que ella los notara, hasta que escuchó una voz que la llamaba. Levantó su cabeza y enfocó su mirada, buscando el origen del sonido. Un policía alto caminaba a su encuentro. La sombra proyectada, producto de la luz del poste, dibujaba una terrorífica silueta en el piso.

Las primeras interrogaciones fueron formalidades: si se encontraba bien, si buscaba algo. Luego siguieron las preguntas sobre si había consumido alguna sustancia debido a su comportamiento. Los vecinos de los edificios aledaños la habían observado y, en su preocupación, los llamaron. El hombre le preguntó cómo se llamaba. Victoria, sin querer seguir la conversación, buscó en su cartera su carné de identidad en el momento en que su compañero, que se encontraba en la patrulla, se acercaba. La había reconocido. Había estado en su hogar la noche del robo y de la muerte de Jan. Victoria tardó en reaccionar y cuando lo hizo, fue con llanto. Las lágrimas volvieron a nublar sus ojos a medida que respondía las preguntas de los oficiales.

La verdad es que no quería volver a su hogar. No quería enfrentarse a la nueva realidad de llegar a un lugar vacío, oscuro y silencioso, sin el ruido al que estaba acostumbrada, pero del cual no podía arrancar. La culpa había comenzado a tejer en su piel una gruesa capa luego de que el forense le comunicara la conclusión de la inevitable autopsia: la pequeña de cuatro años había muerto debido a una contusión y posterior asfixia accidental por aplastamiento. Le dio la impresión de que el forense había tratado de suavizar la noticia usando palabras difíciles, pero era lo que había pasado era tan macabro como obvio. Ella misma, Victoria, había mata-